



Viernes, 28 de abril de 2017

INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS, JAVIER FERNÁNDEZ

Premios Primero de mayo de UGT Asturias

El despliegue de actos y banderas del 1 de mayo mantiene la coreografía tradicional de la lucha obrera. Lo veremos el lunes, cuando los informativos difundan las imágenes de vuestras movilizaciones, pobladas de pancartas y reivindicaciones.

Una tradición bien anterior al centenario que ahora, en 2017, cumple la revolución soviética. Los escaparates de las librerías ofrecen decenas de volúmenes dedicados a ese episodio que, para algunos historiadores, supuso el auténtico inicio del siglo XX. Es una efeméride que da pie a preguntarse qué ha cambiado desde entonces; al menos, de hacer un mínimo recorrido histórico. Puesto que me dais la oportunidad de participar en este acto, quiero compartirlo con vosotros.

No me remontaré tan atrás, que ni quiero aburriros ni tenemos tiempo. En vez de irme lejos, me acercaré al presente. José Ramón García Menéndez, minero jubilado, recibe vuestra insignia de plata a la militancia y la dedicación. En la sinopsis, relatáis que fue uno de los cinco compañeros que participó en el bar Nápoles, en Mieres, en la reunión en la que se decidió la reorganización del Sindicato Minero, en 1975.

Enhorabuena, José Ramón, por esta distinción. Eso, lo primero.

Han pasado 42 años desde 1975. En términos históricos, nada, menos que una brizna. Ahora, ¡cuánto ha cambiado desde entonces la minería, Asturias, España! El mundo no es el que era.

Pensemos, por ejemplo, si no estamos ante una sociedad nueva y distinta en la que ha perdido centralidad la clase obrera tradicional, aún tan numerosa en la década de los 70. En la que han aparecido los nuevos proletarios de los servicios, en la que se ha perdido la idea de



solidaridad. En la que se reclama a los poderes públicos una seguridad que ya no pueden garantizar.

Afirmo e interrogo a un tiempo. Porque si las realidades no son sólidas, ¿cómo van a serlo las preguntas o las respuestas? Fijémonos en esta paradoja: en 1975 todo eran interrogantes; en cambio, las contestaciones eran consistentes. Sí, la dictadura agonizaba hasta morir entubada en un hospital y no sabíamos si habría democracia o involución, reforma o ruptura, serenidad o violencia. No adivinábamos qué iba a ocurrir, pero estábamos seguros de los significados de cada palabra. Por ejemplo, que democracia conllevaba libertades y derechos, ventanas abiertas para la política y el sindicalismo. Que ese nombre, democracia, significaba también la entrada en la Comunidad Económica Europea, como entonces se llamaba la Unión, y que detrás de esa puerta habría más libertades, más derechos, más garantías sociales y el sueño de una gran unión política que se impondría a patrias, banderas y fronteras.

Sucedió así. Ganamos la democracia —que la ganasteis en buena medida los sindicatos, aunque siempre secundarios en el relato— y avanzamos por la curva de la carretera pero con un horizonte, por caminos difíciles pero con destinos claros.

Hoy, no.

Antes sabíamos, por ejemplo, que el estudio y la formación garantizaban a menudo mejores empleos, seguros y remunerados. Hoy enfrentamos un mercado de trabajo que demanda sujetos cada vez más cualificados para empleos cada vez más inestables.

Antonio González Menéndez, *Montrasu*, también recibe esta tarde la insignia de plata, en este caso al trabajo sindical de base.

En primer lugar, mi enhorabuena, Antonio.

Antonio es calderero y ajustador, dos categorías profesionales reconocidas y valoradas. Lo estaban y lo están actualmente. No obstante, también aquí hay una gran diferencia entre el ayer y el hoy, el antes y el ahora. Antes, la dificultad estaba en empezar a trabajar, en iniciar la trayectoria laboral, que podía tener altibajos, e incluso suspenderse transitoriamente, según los avatares. Hoy, en cambio, no basta con entrar en el mercado de trabajo. Ahora la línea laboral es un forzoso trazado discontinuo porque la permanencia en el empleo es un valor perdido.

Hoy aumenta la precariedad, que es un potente inhibidor del afán de formación, del compromiso con el propio trabajo y, por añadidura, del



compromiso sindical y político. Porque la precariedad es el terreno fértil de la desafección.

Ése es el riesgo, el de una sociedad conformada por ciudadanos invisibles, inaudibles en el griterío de las redes, desclasados, que subsisten con empleos precarios y menguantes niveles de protección social.

Exagero, diréis, no será para tanto. Puede. Lo que ocurre es que la sola duda ya es de por sí temible, porque antes rechazábamos de plano la incertidumbre. Antes sabíamos con certeza que el *precariado* no podía ser el futuro. Sabíamos que no era inevitable, que había que impedirlo, que no admitiríamos bajo condición alguna que la inestabilidad laboral y la pérdida de garantías sociales fuese el denominador común para las próximas generaciones.

¿Y ahora? ¿Ahora estamos seguros?

Quizá de lo que podamos estar seguros es de que se está creando una realidad reducida a dos bandos, un dualismo tosco sin zonas intermedias, un pensamiento *low cost*, una pandemia de credulidad en un mundo irreal en el que se juega con la necesidad, las emociones y las frustraciones de la sociedad.

Ayer conocimos los datos de la Encuesta de Población Activa. Asturias registró el mayor descenso interanual del paro de toda España: un 28% menos. Nuestra tasa de desempleo es del 14,23%, la sexta más baja de todas las comunidades, también ha aumentado ligeramente la ocupación. Son buenos datos. Asturias está mejor y seguirá mejorando si sabemos seleccionar las prioridades, si no sacrificamos el rigor y la seriedad, si no confundimos la finalidad de la acción política, que debe estar siempre dirigida al bien público, con la satisfacción de egos particulares. Demorar durante años la puesta en servicio de la variante ferroviaria de Pajares para satisfacer la megalomanía de alguien es una muestra de cómo se puede llegar a anteponer la vanidad personal a los intereses generales. Lo digo como ejemplo.

Intento explicarme sin perder el hilo. Uno puede valorar esos datos de la Encuesta de Población Activa al menos de dos maneras muy diferentes. Podría sacar el bombo y los platillos y atribuirlos a los méritos del Gobierno del Principado. O, al contrario, reconocer que aún tenemos muchísimos parados y que la reducción progresiva y constante del desempleo que estamos consiguiendo es el resultado de esfuerzos combinados y que su continuidad dependerá también del concierto de factores, muchos de los cuales se nos escapan. Evidentemente, me quedo con la segunda.



¿Por qué digo esto? Pues porque me alarma la mancha expansiva de simpleza y teatro que impregna el discurso político.

Mienten quienes digan que acabar con el paro es una cuestión de simple voluntad. Eso es como decir que basta con sacar el santo para que llueva. Vosotros sois sindicalistas, os enfrentáis a la realidad y sabéis que la verborrea y la sobreactuación no solucionan las dificultades, que hay que responder a cada problema con soluciones prácticas y realizables. Sabéis también que cuando eso se hace se obtienen excelentes resultados, como los logrados por la sección sindical del ayuntamiento de Llanes, quienes también han merecido vuestra insignia de plata.

Enhorabuena a toda la sección sindical.

Por eso, porque conocéis los problemas reales, afirmo que mienten quienes nos venden lo fácil. Mienten quienes nos dan explicaciones totales que lo explican todo demasiado bien. Para ellos, para los predicadores, es facilísimo enumerar los males de la tierra (que son muchos) y declarar sus grandes principios: hay que ser solidarios, hay que ser benéficos, hay que ser justos. Cuando se bajen de la tribuna tienen garantizado el aplauso general, pero no han dado una sola indicación de cómo van a solucionar los problemas.

Los telepredicadores de la política son hoy un fenómeno social. Es la política *spot*: mensaje simple, cuatro lemas y banda sonora: vale todo con tal de vender el producto. Es la política inútil del rataplán y la pirotecnia aparatosa: primero estruendo y, luego, humo.

Yo exijo a la política —y, en especial, a la izquierda— que reconozca los problemas, que los denuncie y, muy importante, que tenga tanto alternativas como capacidad para solucionarlos.

Y eso no podrá lograrse si la izquierda no admite que va perdiendo un debate cultural, que antes tenía un centro en la igualdad y ahora lo tiene en la identidad, la de mi país, mi región, mi pueblo. Antes os hablé de la Unión Europea. Pues ahora, frente a Europa y la mundialización, ¿qué ofrecemos? La nación. La nación como reducto de nuestra utopía. La izquierda reclusa, narcotizada por la seducción de la frontera.

Por eso afirmo que la izquierda tiene que rearmar su discurso, porque tiene mucha capacidad de protesta y está bien, pero tener mucha capacidad de propuesta está mejor.

Una propuesta que articule un nuevo relato para mayorías sociales cada vez más diversas y fragmentadas. Que construya un proyecto político para Europa, que elabore un discurso del papel del Estado, que recupere la autonomía de la política, que haga de la igualdad su elemento central.



He dicho la palabra clave: igualdad. Un sustantivo que se enraíza en el sustrato más profundo y fructífero de la izquierda. Como la igualdad entre hombres y mujeres, constante biográfica de María Teresa Fernández de la Vega, quien hoy recibe vuestra insignia de oro, la de la Unión General de Trabajadores de Asturias.

María Teresa, muchas gracias por tu labor y enhorabuena por esta medalla. Como vicepresidenta del Gobierno de España y ahora, como presidenta de la Fundación Mujeres por África, has sido y continúas siendo ejemplar en esa lucha por la igualdad.

Muchas gracias también a todos vosotros y buen 1 de Mayo para impulsar esa lucha obrera vieja hecha por obreros nuevos que sigue en pie con la Unión General de Trabajadores de Asturias.